

La amenaza roja

El 16 de julio, el secretario de Estado de los Estados Unidos, Marco Rubio, convocó a representantes de 65 países a una reunión ministerial sobre el «resurgimiento del terrorismo político». Advirtió a lxs asistentes que la izquierda era una «oscuridad que se extiende». Su colega Stephen Miller llamó al «extremismo de izquierda» un «cáncer mortal para la civilización» y denunció a los izquierdistas por estar motivadxs por «envidia, odio y celos». Rubio prometió dismantelar sus redes internacionales «ladrillo a ladrillo».

Cuatro días después, la campaña anticomunista de Washington reveló otra arma, cuando el Departamento de Estado publicó un informe de 100 páginas titulado «Cuba: La capital del comunismo del siglo XXI». El informe enumeraba un sinfín de quejas contra la Revolución Cubana, acusándola de librar una «guerra de desgaste» contra los Estados Unidos que «ha tenido un éxito notable».

Para los Estados Unidos, esto no es solo una guerra de «espionaje, infiltración, sabotaje y redes de intermediarixs». Es una batalla librada principalmente en el «campo de batalla ideológico... forjado en torno a un resentimiento predominante y un odio fundamental hacia los Estados Unidos y Occidente en general». Cuba, según el informe, no busca nada menos que volver a «lxs hijxs de Occidente... en contra de su propia herencia».

El informe tiene claramente como objetivo reforzar los argumentos a favor de un cambio de régimen en Cuba. Pero su objetivo es más amplio. Se publicó justo cuando Washington anunció una importante financiación para grupos alineados con el movimiento MAGA en Europa y para iniciativas anticomunistas en los Estados Unidos. Y coincidió con una escalada de ataques contra activistas y organizaciones en todo el mundo.

De hecho, el informe sobre Cuba del Departamento de Estado da nombres concretos. Incluye a los Socialistas Demócratas de los Estados Unidos, la Alianza Negra por la Paz, el Gremio Nacional de Abogados, *Codepink* y el *People's Forum* entre una larga lista de movimientos supuestamente bajo la influencia ideológica de Cuba —enemigos de la civilización occidental cuyos objetivos convergen cada vez más con las «ambiciones de Moscú, Pekín y Teherán».

Este tipo de ataques ya no son meramente retóricos. Desde el Memorándum Presidencial de Seguridad Nacional n.º 7 del pasado septiembre, la administración de Trump ha llevado a cabo una campaña anticomunista interna basada en una categoría jurídica dudosa: el «terrorismo interno». Antifa, abreviatura de «antifascista», ha sido designada como organización terrorista a pesar de que no es un movimiento, no tiene miembros y no existe en ningún sentido formal. Esta medida le da al gobierno de los Estados Unidos carta blanca para reprimir, como sugiere su propia terminología, a cualquier opositor al fascismo.

Los efectos ya son devastadores. En Georgia, muchxs activistas que se oponen a un enorme campo de entrenamiento policial conocido como «*Cop City*» han sido acusadxs de terrorismo; y uno de ellos, un activista conocido como Tortugueta, fue ejecutado por las fuerzas del Estado. En Texas, lxs acusadxs vinculadxs a un enfrentamiento de 2025 en un centro de detención de inmigrantes cumplen ahora condenas de hasta un siglo. En Minnesota, más de una docena de activistas enfrentan cargos de conspiración basados, en parte, en el hecho de haber usado una sudadera.

Hoy en día, varias organizaciones con sede en los Estados Unidos están siendo objeto de

investigaciones oficiales. Algunas personas han recibido amenazas de muerte y otras están sufriendo una persecución legal cada vez más intensa. El 10 de julio, la policía española acorraló un auto en el que viajaba Fergie Chambers, una destacada filántropa y activista antiimperialista estadounidense, quien ahora enfrenta la extradición a los Estados Unidos bajo cargos de financiamiento del terrorismo. Es el primer intento de extraditar a unx aliadx de la liberación palestina desde territorio extranjero —otra escalada en la guerra de Washington contra el movimiento de solidaridad.

Nada de esto es nuevo. Desde Yakarta hasta la Ciudad de Guatemala, Washington lleva mucho tiempo librando una guerra genocida contra el comunismo y los movimientos de liberación fuera de sus fronteras. Y, desde el macartismo hasta el COINTELPRO, ha librado una lucha aplastante y violenta contra ellos en su propio territorio.

Estos precedentes históricos —vistos ahora a la luz de la violencia contra Venezuela, Palestina, Cuba, Líbano e Irán— apuntan a una conclusión alarmante: los Estados Unidos no tienen líneas rojas, ni principios, ni restricciones humanitarias en su guerra. Esa guerra se intensificará, se profundizará, y más de nosotrxs caeremos en su punto de mira.

Pero también apuntan a algo más: Washington está en pánico. Está perdiendo su control. Se encuentra, como el propio Rubio admitió a principios de este año, en un estado de «declive terminal». Y el «espectro del comunismo», recientemente condenado a la extinción, parece acecharlo más que nunca.

El Imperio teme al internacionalismo que une cada vez más las luchas del Sur con las del Norte. Y le da miedo el «comunismo» porque el «comunismo» describe el movimiento histórico hacia la desaparición del capitalismo —un futuro, construido a través de nuestra lucha colectiva, en el que nuestras vidas ya no estén a merced de lxs belicistas y lxs monopolistas.

La lección para nosotrxs es clara: si el espectro sigue acechando a nuestrxs enemigxs, entonces también debe hacerlo nuestra determinación de darle vida a su forma fantasmal.

En solidaridad,

El Secretariado de la Internacional Progresista